

llar con su sangre generosa su devoción á la santa causa de la libertad. A fines de mil ochocientos veintitrés, los piemonteses Santa-Rosa y Collegno y el francés Jabvier fueron á ofrecer sus espadas á los insurrectos. En la misma época, Byron ponía al servicio de la independencia helénica su fortuna, su persona y su genio, y gracias á él, principalmente, el gobierno de Nauplia pudo negociar en Inglaterra un empréstito de ochocientas mil libras esterlinas, sin el que hubiese carecido de todo recurso. Al comenzar el año de mil ochocientos veinticinco, los banqueros de Londres suscribieron otro empréstito de dos millones de libras. En este tiempo, con motivo de la situación crítica por que atravesaba la insurrección, los filo helenos de toda Europa, y especialmente los de Alemania, Francia y Suiza, se inflamaron en nuevo ardor. El anciano profesor Voss dió mil florines, «como pequeña muestra de agradecimiento por la instrucción de que era deudor á la Grecia antigua». El joven Luis I, que acababa de subir al trono de Baviera y profesaba á Grecia verdadero culto, mandó á los patriotas helenos socorros en dinero, además de enviarles oficiales de su ejército, entre otros, su ayudante de campo Heideck. En Ginebra, el banquero Eynard desplegó una actividad asombrosa en favor de los insurrectos, secundando hábilmente la política de Capo de-Istria, que, retirado en dicha ciudad, tenía en sus manos todos los hilos de la revolución y espiaba la hora de reaparecer en escena. En París, constituyóse una *Sociedad filantrópica para el auxilio de los griegos*, en cuya junta directiva se codeaban los hombres de ideas y de partidos más opuestos, como Chateaubriand, Laffite, La Rochefoucauld, Dalberg, Saint-Aulaire, Lafayette y Benjamín Constant. En dos años, pudo esta sociedad proporcionar á los griegos, ella sola, cerca de tres millones de francos, aparte de los soldados, de las armas, de las municiones, de las prendas de uniforme, que incesantemente les aprontaba.

Por desgracia, los griegos no supieron aprovechar debidamente muchos de los auxilios recibidos. No pocas de las sumas que los filo-helenos les facilitaran, fueron malgastadas ó distraídas de su destino por los jefes turbulentos y codiciosos que se disputaban la dirección de la guerra; y los voluntarios eran mirados con recelo por los capitanes palikaros, incapaces de doblegarse á la disciplina europea. Algunos de los oficiales auxiliares, desdeñados indignamente, renunciaron á combatir. A Santa-Rosa no le dieron mando ninguno, y se hizo matar como simple soldado de filas en el sitio de Navarino. Sólo después de la pérdida de esta plaza, de la rendición de Tripolitza y de ver á los egipcios acampando ante Nauplia, los griegos, aleccionados por la amarga experiencia, depusieron su hostilidad para con los extranjeros que iban á ayudarles, y encargaron á Fabvier, que desde hacía dos años les servía casi á pesar de ellos, que organizase un cuerpo de tropas regulares (los tácticos), núcleo y base del ejército, de que aún carecían. La medida, empero, parecía llegar tarde, frente á Ibrahim y su formidable hueste. Necesitaba Grecia del concurso de las grandes potencias, y mientras este concurso no le llegase, su salvación

estaba en ganar tiempo. Por fortuna, ya no se hizo de esperar. Los nuevos rumbos que siguió con Canning la política nacional de Inglaterra, sacaron la causa helénica á flote.

Sin dejar de permanecer fiel á las ideas de Castlereagh y de Pitt, en lo tocante á la conservación del imperio otomano, el célebre ministro inglés creyó deber ir modificando paulatinamente la actitud adoptada por su predecesor en los primeros años de la insurrección helénica. Llamó su atención la vitalidad revelada por el pueblo griego á fines de mil ochocientos veintidós, cuando pequeñas bandas sin organización triunfaban de las huestes de Dramali, en el momento mismo de juzgarse inevitable su ruína. Puesto que, no obstante su debilidad aparente y la anarquía real en que se hallaban, los insurrectos resistían, debía atribuirse, sin duda, á que eran dignos de la libertad y capaces de conquistarla. Ahora bien, si habían de concluir por vencer, pensaba Canning, no convenía que se considerasen deudores de su independencia á una nación rival de Inglaterra; valía más que ésta se apoderase de la dirección del movimiento en el instante oportuno, tanto para arrebatarla á Rusia, cuanto para velar por el mantenimiento de Turquía y procurar el arreglo definitivo más beneficioso á sus propios intereses. Esta solución, por otra parte, se imponía á un gobierno parlamentario, obligado á contar, no sólo con la opinión de las Cámaras, sino con los sentimientos del país. El pueblo inglés empezaba á interesarse por los griegos, y los banqueros de Londres vislumbraron pronto la gloria y el provecho que podían obtener prestándoles su concurso. Circunstancias eran estas que tenían que pesar en el ánimo de un político de la talla de Canning. Otra hubo, además, que influyó en él fuertemente. Los filo-helenos franceses ofrecían á los insurrectos darles por rey á un príncipe de su nación, el duque de Nemours, hijo del de Orleans, y al ministro inglés no le agradaba que ninguna otra potencia ganase á su patria por la mano. Fácil es ya comprender el cambio operado en las disposiciones del gabinete británico para con los griegos.

En el congreso de Verona, y hasta algo después, Canning guardó reserva acerca de la cuestión helénica, obedeciendo su silencio, por un lado, á querer que la Santa Alianza la dejase íntegra; por otro, á que los asuntos de España absorbían su atención y le privaban de libertad para suscitar á Inglaterra nuevas complicaciones en Oriente. Pero, desde los primeros meses de mil ochocientos veintitrés, fué visible que se proponía favorecer á los griegos. Ya por entonces, el gobernador de las Islas Jónicas, Maitland, entabló con los jefes de Morea negociaciones que podían hacerles esperar la mediación de la Gran Bretaña, y el gobierno de Londres reconocía, al menos de hecho, el bloqueo establecido por la flota insurrecta; no contrariaba la creación de sociedades y juntas filo-helénicas, y entraba en relaciones íntimas con algunos personajes de los más caracterizados, sobre todo, con el ilustre Maurocordatos, que estaba firmemente convencido de que la salvación de su país se debería á Inglaterra.

Alejandro de Rusia, mientras tanto, no renunciaba, á pesar de las apariencias, á llevar á la práctica sus antiguos proyectos en Oriente, y seguía activa correspondencia con Capo de Istria, que no le regateaba sus consejos y mantenía vivas sus prevenciones contra la Puerta. Sin embargo, entendió el Czar deber aguardar á que se resolviese por completo la cuestión de España, y en el interin, se ciñó á ir demorando el término de las dificultades pendientes con Turquía, no obstante el contenido de las notas rusas de veintiséis de Septiembre y de nueve y veintisiete de Noviembre de mil ochocientos veintidós. Trabajaban Austria é Inglaterra para que Rusia restableciera su embajada en Constantinopla; mas Alejandro, calculando que la adopción de esta medida, antes de ventilarse los asuntos de Oriente, implicaba la desautorización de su política anterior y el menoscabo de su influencia sobre los griegos, trataba de diferirla todo lo posible. El Sultán, por su parte, tampoco demostraba tener mucha prisa en reanudar sus relaciones diplomáticas con Rusia; pues, aun no ocultándosele que con ello obtendría ventajas, temía que, á cambio de ellas, Alejandro pusiese otra vez sobre el tapete el negocio de la *pacificación*, es decir, el otorgamiento de franquicias y libertades á los griegos. Por estas razones, el gobierno de Constantinopla no consintió en comunicar al de San Petersburgo, hasta Febrero de mil ochocientos veintitrés, el nombramiento de los hospodares de Moldavia y Valaquia, y dejó transcurrir varios meses más sin darle las satisfacciones que le reclamaba en materia de navegación y comercio, aparte de que, retardando la evacuación de los principados, tantas veces recordada por Rusia, aplazaba el arreglo definitivo, que parecía inspirarle casi tan poco interés como á su adversario.

Terminada la guerra de España, el Emperador de Rusia insistió en la idea de provocar una inteligencia europea para restaurar el orden y la tranquilidad en Grecia, y á fin de ponerse de acuerdo con el Emperador de Austria acerca del particular, se avistó con él en Czernowicz, mientras Nesselrode iba á tratar de lo mismo con Metternich, enfermo á la sazón en Lemberg. En estas entrevistas, se determinó proponer á los soberanos de las cinco grandes potencias abrir conferencias en San Petersburgo, con el objeto indicado. Metternich, fingiendo ceder á los deseos de Alejandro, pretendía sólo entretenerle y hacerle perder tiempo. Precisamente, era entonces cuando Austria estimulaba á la Puerta á requerir el concurso de Mehemet-Alí contra los griegos. Se figuraba el astuto canciller que, antes de poder celebrarse las conferencias, el bajá de Egipto daría buena cuenta de los insurrectos, faltando con ello la ocasión de defender la autonomía de Grecia. Inglaterra, á su vez, aparentó prestarse al plan de Metternich, pidiendo que Rusia declarara previamente cuáles eran su miras en lo concerniente á la reorganización de Grecia. Esta invitación disimulaba un lazo, donde el gobierno de San Petersburgo cayó incautamente. En efecto, en nota confidencial, datada en Enero de mil ochocientos veinticuatro y que al poco tiempo fué, con gran disgusto del Czar, del dominio público, no se sabe cómo,

expuso el confiado Emperador que, en su sentir, los países insurrectos debían dividirse en tres partes, Grecia Occidental, Grecia Oriental y Morea, y formarse con ellas otros tantos principados vasallos de la Puerta, al modo, poco más ó menos, que lo eran los territorios de Moldavia y Valaquia. Semejante proposición debía tener por consecuencia el irritar tanto al Sultán, que exigía la sumisión absoluta de los rebeldes, como á los helenos, que rechazaban indignados todo proyecto de desmembración ó vasallaje. El gobierno ruso descubría su egoísmo, viéndose claramente que, en su programa, acaso entrara el quebrantar ó destruir el Imperio otomano, mas no el permitir que se estableciera en la península de los Balkanes un Estado suficientemente libre y fuerte, para bastarse á sí propio y no necesitar del protectorado moscovita. Fácil es imaginarse el partido que los diplomáticos ingleses sacarían, así en Nauplia como en Constantinopla, del documento á que acabamos de referirnos.

Después de muchos dimes y diretes, entre Rusia, Inglaterra, Austria y la Puerta, acerca del restablecimiento de la embajada rusa en Constantinopla y de la evacuación de los principados danubianos por las tropas turcas, el Sultán se presentó propicio á complacer, en parte al menos, á Alejandro, y éste dijo que muy en breve iba á nombrar un agente diplomático que lo representara en Turquía. Creyendo el Czar que en Viena y Londres se contentarían con esta promesa, declaró abiertas las conferencias, y formuló la demanda de que las cinco grandes potencias impusieran un armisticio y su mediación colectiva á griegos y otomanos; mas la proposición no fué admitida sino *ad referendum*, declarando los ministros plenipotenciarios de las naciones interesadas que necesitaban consultar á sus cortes respectivas. Entonces el Emperador ruso dió un paso más: notificó oficialmente á las grandes potencias el nombramiento de Ribeaupierre, como embajador suyo en Constantinopla. Sin embargo, no acertando nunca á adoptar una resolución definitiva, mandó á Ribeaupierre aplazar su viaje hasta nueva orden; y esperando que, con esta última concesión, Austria é Inglaterra se mostrasen más complacientes, les invitó otra vez á tomar parte en las conferencias. La situación de Grecia empeoraba por momentos, y los patriotas helenos no confiaban sino en Francia ó Inglaterra, pareciendo ganar terreno la candidatura del duque de Nemours. Fué ésta razón bastante para que la Gran Bretaña se colocara en actitud de más franca benevolencia hacia los insurrectos. Divulgado, en Junio de mil ochocientos veinticuatro, el plan ruso de las tres divisiones, el gobierno de Nauplia se consideró en el caso de consignar su oposición en una enérgica protesta, dirigida particularmente al gabinete de Londres. Canning acogió bien este documento, y lo contestó, sin comprometerse ciertamente, mas dejando traslucir que, si los griegos llegaban á tener necesidad absoluta de la mediación inglesa, no se la rehusaría. El simple hecho de entrar públicamente en relaciones con el gobierno helénico equivalía á reconocerlo como beligerante, lo que ningún otro Estado se había atrevido á hacer to-

davía. Así las cosas, se recibió en Londres la nota del Czar apremiando al gabinete británico á concurrir á las conferencias de San Petersburgo. Canning, entonces, declaró solemnemente que su patria se abstenía de intervenir en ellas, reservándose su libertad de obrar. «El proyecto de pacificación elaborado por el Emperador, vinieron á ser sus palabras, lo rechazarán Turquía y Grecia, y de querer llevarlo adelante, habrá que imponerlo por medio de la fuerza; ahora bien, Inglaterra no opina que esto deba hacerse».

La inesperada determinación de la Gran Bretaña, si exasperó al Czar, contrarió más aún, si cabe, á Metternich, el cual, fiel á su táctica de contrarrestar las miras de Alejandro simulando secundarlas, y de entorpecer sus designios sin atacarlos de frente, pensaba echar sobre Inglaterra la responsabilidad del fracaso de las conferencias, que tenía resuelto y preparado, cuando he aquí que la abstención de aquella potencia iba á forzar á Austria á quitarse la careta, á decir *no* sin rodeos, arrojando el enojo del Emperador de Rusia, que le imputaría el malogramiento de sus planes, con tanto más motivo cuanto menos dudaba de la adhesión de la corte de Viena á su programa. A Canning, independientemente del fin principal que perseguía, complaciale en sumo grado haber tenido ocasión de colocar en tan grave aprieto á Metternich, que le aborrecía y de quien, política y personalmente, hablaba con odio y menosprecio. Había entre aquellos dos hombres de Estado incompatibilidad absoluta de carácter y tendencias. Canning era para Metternich, y así lo decía éste á Jorge IV, á Liverpool, á Wéllington, el genio del mal, que parecía empeñado en prender fuego á Europa, protegiendo la causa de la Revolución. Se comprenderá, por tanto, cuánto debía satisfacer al ministro inglés el haber podido, no sólo desenmascarar las intrigas de Metternich, sino ponerlo en berlina á los ojos de todas las naciones.

Las conferencias de San Petersburgo se celebraron, no obstante el retraimiento de Inglaterra; pero sucedió lo que era de esperar. La oposición de Austria, que sorprendió y ofendió extraordinariamente á Alejandro, redujo á la nada el pensamiento del Emperador de Rusia. El embajador austriaco en San Petersburgo manifestó que su gobierno no se prestaría al empleo de las medidas coercitivas indicadas por el Czar, y como los diplomáticos moscovitas insistiesen, emitió la idea, con notoria mala fe, de que la única medida coercitiva posible consistía en el reconocimiento de la independencia de Grecia: harto le constaba que no era esto lo que Rusia apetecía. En suma, después de pasar seis semanas en vanos coloquios, las conferencias se declararon terminadas el siete de Abril de mil ochocientos veinticinco. Los únicos acuerdos adoptados fueron: rogar á la Puerta que concediera *espontáneamente* las satisfacciones debidas á sus súbditos sublevados, y si rehusaba hacerlo, ofrecerle su mediación. Muy descontento el Czar, expresó, en circular fechada el diez y seis del mes citado, su intención de proponer directamente á los soberanos, sus aliados y amigos, la intervención en Grecia, que, á su juicio, reclamaban,

de una parte el sentimiento de humanidad, y de otra, el peligro revolucionario. Empero, forjábbase pocas ilusiones acerca del resultado de este paso, y no se equivocó.

Mahmud rechazó en términos categóricos los ruegos y ofrecimientos de Francia, Prusia, Austria y Rusia, exigiendo la sumisión incondicional de sus súbditos, antes de concederles garantías y libertades, y agregando que nunca admitiría la mediación de una ó varias potencias extranjeras. El Sultán estaba entonces ensoberbecido con los grandes éxitos de Ibrahim. Por la misma razón, Metternich se bañaba en agua rosada. Suponiendo sojuzgados á los griegos, jactábase con escasa cautela de haber engañado á Alejandro, lisonjeando con su fingida condescendencia el amor propio del soberano ruso para causarle una pérdida de tiempo irreparable. Ciego de vanidad, extremó su presunción y ligereza hasta el punto de proponer al Emperador de Rusia que reanudase las conferencias de San Petersburgo; á lo que el Czar contestó muy secamente que estaban cerradas y que no volvería á abrirlas, añadiendo que la pacificación de Grecia había cesado de preocuparle preferentemente, que nada pedía á Europa y que se reservaba hacer valer por sí mismo sus agravios contra la Puerta. De conformidad con sus palabras, Alejandro había dirigido ya nuevas y apremiantes reclamaciones á Turquía, solicitando la ejecución de las promesas de la Puerta en lo tocante á los principados, el otorgamiento de las garantías ofrecidas á Servia en el tratado de Bucharest, y la libertad de los diputados de este país detenidos en Constantinopla desde mil ochocientos veintiuno. Para dar más fuerza á sus demandas, el Czar acumulaba tropas en la orilla del Pruth y se trasladaba, poco después, á las provincias meridionales de su Imperio. Parecía, pues, próxima á estallar, como consecuencia del doble juego político de Metternich, la guerra ruso-turca, que desde hacía cuatro años Austria se esforzaba en evitar. Al propio tiempo, los asuntos de Grecia tomaban de pronto un giro que trastornaba los cálculos del taimado canciller.

El gobierno helénico no había sucumbido. A punto de descargarle el último golpe, Ibrahim se detuvo; Nauplia se salvó, y las tropas egipcias retrocedieron hacia Tripolitza y Navarino. La voz del comodoro Hamilton, autorizado, sin duda, por su gobierno para fulminar la amenaza de la intervención inglesa en favor de los helenos, había producido este cambio repentino de decoración. Ante el peligro inminente que amagaba á los griegos, Canning se había decidido á hablar, y había hablado con tanta claridad como firmeza. Su oportunísima mediación aseguró la preponderancia británica en Grecia. Esta, sin embargo, no sentíase aún tranquila. Los egipcios eran dueños de casi toda la Morea, y Missolonghi sufría estrecho asedio. Comprendiendo, pues, el pequeño y valiente pueblo que le urgía ampararse de una gran potencia, pidió á Inglaterra, en Agosto de mil ochocientos veinticinco, que le dispensase oficialmente su protección y le diese un rey. El príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo, residente hacía años en Inglaterra, donde gozaba de considerable prestigio, era designado por muchos para soberano del nuevo Es-